

Los milagros de Jesús

signos de la llegada del Reino de Dios

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, S.J.

Lo ambiental: los milagros pertenecen a nuestra historia

Desde siempre, y en cualquier contexto cultural, el hombre ha buscado profundizar más y más su relación con Dios. El encuentro entre ambos nace de una doble iniciativa: la de Dios, el cual se revela como Creador y sostenedor de su obra, presente en todo hombre y comprometido con su historia; y la del hombre, apremiado por darle sentido a su existencia. A este hombre que busca y espera siempre, Dios se le presenta como «el amigo de la vida»,¹ dispuesto a entablar una relación personal y personalizadora con él.

Un estadio de revelación –y de ocultamiento– que posibilita este encuentro con Él son los milagros. La mayoría de las personas dan por supuesta la posibilidad y realidad de los milagros, independientemente del nivel cultural o social que posean: ¿quién de nosotros no se ha encontrado al menos una vez en la vida pidiéndole un «milagrito» al Dr. José Gregorio Hernández? ¿cuántas veces no hemos oído relatos de gente que ha sido alcanzada por la gracia divina, a través de los santos, amigos de Dios, cuando la situación se presentaba prácticamente cerrada? Para todos los que hemos vivido esta experiencia, los milagros son acontecimientos reales, perceptibles, que ocurren, o pueden ocurrir, en el tiempo y en el espacio.

Que los milagros puedan revelar u ocultar a Dios y su Reino tiene que

ver directamente con la concepción que manejamos sobre los mismos. Los hechos, cualesquiera que sean, jamás se nos presentan en un estado puro, sino que están determinados por elaboraciones culturales e interpretaciones que sobre ellos se hacen. Al no ser unívocos, los milagros pueden dar pie a confusiones, y de hecho así sucede. Quisiera, entonces, ofrecer algunos elementos que puedan ayudarnos a entender más y mejor los milagros, hechos que en su acontecer muestran algo de lo que es el inicio de Reino y la absoluta presencia de Dios que vence no sólo la enfermedad y la muerte, sino la pobreza, la angustia y el egoísmo, verdaderas parálisis que recluyen al hombre.

Los milagros

Para John P. Meier, «un milagro es 1) un acontecimiento inusitado, asombroso o extraordinario, perceptible en principio por cualquier observador atento e imparcial; 2) un acontecimiento que no puede ser atribuido razonablemente a las capacidades humanas ni a otras fuerzas conocidas que actúan en nuestro mundo de tiempo y espacio; 3) un acontecimiento resultante de una acción especial, mediante la cual Dios realiza algo imposible para todo poder humano».²

Llama poderosamente la atención que Meier no conciba el milagro como una contravención de la naturaleza, porque «la idea filosófica de

que el suave curso de la naturaleza está regulada por leyes inmanentes no tiene un paralelo directo en la gran mayoría de los libros del Antiguo Testamento».³ Para la antigüedad, el milagro no iba contra las leyes de la naturaleza, sencillamente porque no existía una idea limitada de ésta. Para los antiguos, así como para nosotros, el milagro muestra el potencial oculto de la naturaleza, de la que se desconocen sus límites.

Hay que distinguir el milagro de la brujería (o de la magia, de cualquier tipo o «color» que sea). La brujería está relacionada con un conjunto de fórmulas conocidas y operadas por una persona, la cual obliga a unos poderes ocultos a manifestarse para provecho de quien los solicita. El contenido es concreto (contras, despojos, dañar a alguien, abrir caminos, sanar, etc.), y no guarda relación alguna con la moral, sino que depende de la voluntad de quien se vale de ella. El presupuesto de la brujería es que existen poderes capaces de hacer aquello que las personas no pueden realizar apoyados en sus potencias naturales. La relación que se establece con estos poderes no nos hace crecer como personas, ni supone la fe y, en no pocas ocasiones, se cae prisionero del brujo.

Una segunda distinción necesaria es la que se da entre el milagro y el portentoso. El portentoso es poder «en bruto». Su razón última es hacerse presente y nada más: si Jesús hubiese accedido a la petición de los presen-

tes de bajarse de la cruz (Mc 15,32), haciendo uso de su poder en beneficio propio, seguramente habría conseguido la adhesión de muchos por la «vía rápida», pero en lugar de revelar a Dios, lo habría ocultado dado que Él no actúa jamás de esa manera. La manifestación del portentoso no beneficia a terceros, simplemente demuestra que quien lo realiza tiene poder, y mucho. Una vez manifestado, el poder se agota en sí mismo.

Por último, el milagro hay que diferenciarlo de los resultados que arroja la medicina. Ésta se basa en la relación causa-efecto: las enfermedades son diagnosticadas y la curación tiene que ver con lo acertado del diagnóstico, y con una aplicación adecuada de medicamentos (nuestra gente, sin embargo, no tiene inconveniente en ponerse en manos de los médicos pidiéndole a Dios, por otra parte, «que le dé una manito al doctor»).

El milagro nos revela quién es Dios: Él es el que salva siempre. La salvación que nos ofrece no tiene nada que ver con los portentosos, o la brujería, o la suerte y el destino. Dios es el autor de todos los milagros que ocurren o pueden ocurrir, siendo el único capaz de «activar» las potencialidades ocultas en la naturaleza en beneficio nuestro. El milagro favorece a la persona de modo individual, pero su manifestación tiene que ser pública, compartida, aún a sabiendas de que la lectura que se le dé pueda variar: unos afirmarán que Dios ha actuado salvando, otros recurrirán a otros aspectos para explicar el hecho (Jn 9,1-ss).

El presupuesto de la fe

Los Evangelios nos dicen que Jesús hace milagros donde hay fe (Mt 8,5-10; Mc 5,35-43; Lc 5,17-20; Jn 9,35-38). El Nuevo Testamento habla de tres modos de relacionarse con Dios, tres tipos de fe: hay gente que no tiene fe en Jesús, y se cierra a la relación con Dios que ahora pasa por la persona del Hijo; hay gente que tiene fe, y para quien todo es posible, y la relación personal con Jesús lleva a estas personas a posibilidades inéditas para ellas y su grupo de referencia; y, por último, están los que tienen poca fe (Mc 9,14-29). El milagro posibilita que la fe de quien pide la gracia y la

fe de quien la concede entren en diálogo: la fe y la poca fe hacen que Jesús –que tiene toda la fe–, actúe. Jesús hace el milagro a aquellos que tienen fe en su Padre.

Para operar su gracia salvadora hoy, Dios se puede valer de José Gregorio Hernández, de San Onofre, de la Madre Teresa, de Pedro Arrupe, o de quien quiera (ver Lc 9,49-50); lo único que se nos exige es que tengamos fe, que vivamos y alimentemos una relación personal con Él a ejemplo de su Hijo Jesús. La experiencia concreta de fiarse, a través de una relación confiada y que crea confianza, es lo que posibilita el que haya milagros. No es que forcemos con nuestra fe los milagros, sino que la confianza en el Único capaz de saber hasta dónde la naturaleza puede dar de sí y de incidir por ende en ella, nos lleva a pedir el milagro y reconocerlo como regalo, fruto de la bondad salvadora de Dios. La fe hace milagros, pero también permite que los reconozcamos allí donde se dan (Jn 2,11; 4,46-53).

Jesús hace milagros: el Reino de Dios ha llegado

Así aparece en los Evangelios. Estos hechos tienen que ver con la historia misma de Jesús de Nazaret (un teólogo ha dicho que los Evangelios son el relato de la Pasión de Jesús con un «largo prólogo»; pues bien, más del 46% de este «prólogo» lo ocupan los milagros). Los indicios que poseemos hoy día sobre los milagros carecen de fuerza suficiente como para probar la verdad de tales afirmaciones. Ahora bien, una cosa es que nosotros no podamos probar si efectivamente ocurrieron, y otra muy distinta es que hayan ocurrido: hasta nosotros han llegado relatos que nos dicen que Jesús realizó hechos considerados por sus contemporáneos como milagros, obrados mediante el poder salvífico de Dios. Si nos negamos a creer en lo histórico de los milagros por la incapacidad de comprobarlos, la historia de Jesús tampoco debería resultarnos.

Jesús refirió siempre sus milagros a Dios, presentándose él, no como el actor, sino como el mediador. Los milagros de Jesús están, forman parte del horizonte de su misión: son signos que remiten al Reino de su Pa-

dre, y lo anticipan. Esta anticipación tiene que ver con el hecho de que Dios se le revela al hombre como el amigo de la vida. La vida que Dios nos ofrece procede de su amor. El amor sólo puede producir vida. Jesús no realiza portentosos, o actos de magia, sino que, siendo interpelado en su amor misericordioso, él responde con el mismo tipo de amor, revelando a su vez la fuerza recreadora de la misericordia de Dios que da vida.

A través de la praxis de Jesús, la gente captó la presencia de Dios, que visita y salva a su pueblo. De esta manera irrumpe el Reino, y así lo sienten ellos. Cuando el Reino hace acto de presencia, la vida marchita, amenazada por la muerte y despreciada, renace. La acción de Cristo empieza por los que conocen «la muerte temprana», y se manifiesta en términos de inclusión. Los milagros son expresión de la acción misericordiosa hacia aquellos a quienes se debe, y fue enviado Jesús.

El encuentro tan deseado entre el hombre y Dios tiene ahora unos matices concretos gracias a los milagros: Jesús nos revela con su acción lo que le ve hacer a su Padre, que da vida con amor misericordiosamente. El Dios de Jesús no es el «todopoderoso», sino que es el que se conmueve por dentro, y desde ahí actúa en favor de la vida. La calidad de esta vida ofrecida es tal que hace imposible la enfermedad y la muerte, anticipo de la plenitud a la que Dios quiere conducir al mundo.

Para lo que ha sido nuestro propósito, los milagros son signos de la llegada del Reino y manifestación de la paternidad de Dios, que se da enteramente en el rescate de lo más pobre y amenazado (Lc 7,22: «los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos se despiertan, y la Buena Nueva llega a los pobres»).

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, S.J.

TEÓLOGO. MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE SIC.

1	Sabiduría 11,26.
2	MEIER, J. P., <i>Un judío marginal. II/2</i> , Verbo Divino, Estella (2000) 599.
3	Id